



PONENCIA REALIZADA PARA EL 6TO ENCUENTRO DE LA CANCIÓN INFANTIL LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA – BRASIL, 2003.

DIRECCIÓN ESCÉNICA DE LOS ESPECTÁCULOS MUSICALES INFANTILES.

Julio Brum- Uruguay.

La batalla por el imaginario: hacerle cosquillas a las ideas, agitar la sensibilidad, navegar por otros mundos.

Nuestras puestas en escenas, nuestros espectáculos y nuestras canciones deberían ser concebidos como generadores lúdicos de vivencias e instancias estéticas de comunicación que rescaten y reelaboren ritmos, juegos y gestos melódicos tradicionales, a la vez de intentar sintetizar y crear nuevos iconos y elementos que aporten a la configuración de una permanente y renovada identidad cultural que esté a la altura de lo que los pueblos latinoamericanos merecen.

Esta posibilidad de compartir hoy con Uds. intimamente ideas y sentimientos que son el timón de la cabeza y el corazón en el momento de concebir un espectáculo musical para niños y niñas, me pone muy feliz.

Estas ideas y sentimientos nacen de dudas, incertidumbres y angustias que se sostienen paradójicamente en experiencias, emociones, certezas y alegrías forjadas en el trabajo docente y musical directo con la infancia.

Como músico veo la dirección escénica de un espectáculo como el resultado de la interacción de elementos estéticos, técnicos y conceptuales que se sintetizarán en forma y contenido a partir de la elaboración del **sentido** del mismo.

Encontrar ese **sentido** es la esencia de lo que será no solo la dirección escénica, sino de toda una propuesta de interacción de la **música** con los demás lenguajes artísticos y que debería hoy ser claramente una meta en cada espectáculo musical infantil.

¿Qué decir? ¿qué hacer? ¿porqué? ¿para qué?

Esa primera preocupación de encontrar el sentido que tiene en cada momento comunicarse con los gurises, parte de una necesaria lectura del contexto social y cultural, de cuales valores intentamos promover y de una clara definición del universo sonoro, musical, gestual, corporal, plástico, visual; que transitaremos en ese camino de comunicación.

Mis “radares” para buscar ese sentido se llaman **ideología, estética, tradición y contemporaneidad** y las herramientas para manipular esos radares son **el espíritu lúdico y el placer**. Las baterías que dan energía a esos “radares” son la **música** y el **concepto de infancia** que deberíamos siempre elaborar antes de cualquier propuesta artística.

Las palancas para encender esos “radares” que me guiarán a encontrar ese sentido al que vengo haciendo referencia se llaman **respeto y responsabilidad**.

Sobre estas palancas voy a hablar aquí hoy.

Respeto por los niños y niñas, más allá de las declaraciones sobre sus derechos y de las enunciaciones formales que muchas veces se transforman en modas “globalizadas” y pasajeras que enmascaran dobles discursos atroces respecto a la infancia, aquí quiero hablar de respeto a su lógica, a su fantasía, a sus tiempos, a su sensibilidad y a sus códigos sonoros y musicales.

Si tenemos ese **respeto** realmente, eso es algo que ellos reconocen inmediatamente y ese es un lugar al que no es fácil de llegar desde los condicionamientos del mundo adulto.



Desde esa clase de **respeto** (que debemos construir y alimentar en todo momento), deberíamos aspirar a que nuestras propuestas artísticas aporten elementos que contribuyan a ensanchar el horizonte del derecho que niños y niñas deben tener a construirse un mundo propio, en base a sus ideas y sus sentimientos, un mundo que valore su cultura específica y su comunidad.

Ya sabemos que los condicionamientos que sufre Latinoamérica hoy y desde siempre hacen que este planteo pueda sonar utópico, pero de eso se trata nuestro trabajo: intentar delinear el invisible hilo que une la realidad y la fantasía: se trata de viajar por la imaginación, de agitar la sensibilidad, de hacerle cosquillas a las ideas y valores que el sistema nos muestra como inmutables y permanentes, se trata de invitar a nuestros niños y niñas a construir y explorar otros mundos.

Tratar de dibujar hoy esa línea entre imaginario y realidad en mi país o en Latinoamérica significa además tener claro que más de la mitad de la infancia vive bajo el límite de pobreza material, excluidos del discutible sistema de vida contemporáneo, aunque eso no implica necesariamente “pobreza” cultural.

Probablemente algunos jamás pisen un teatro o una sala de música, pero del reconocimiento de su cultura y valores también deberían nutrirse nuestras canciones los conceptos de dirección escénica y la concepción de nuestros espectáculos de hoy, si es que queremos producir para **TODOS** los niños y niñas sin excepciones.

En este contexto entonces realizar un espectáculo implica como adulto/artista descifrar y crear desde la diversidad y el mestizaje cultural de nuestros pueblos, **códigos** que nos permitan interactuar con los **códigos infantiles** de la comunidad a la que nos dirigimos.

Este **respeto** en un espectáculo entonces, implica el desafío de interactuar con niños y niñas musicalmente y visualmente generando códigos específicos desde el placer y lo lúdico e interactuando con sus valores y cultura.

Para esto, es vital entonces asumir que existen códigos musicales infantiles específicos y que estos interactúan permanentemente con el mundo musical adulto (familia, medios masivos, artistas, marketing musical) ya que niños y niñas buscan adaptarse a él como parte de su crecimiento como personas.

Me atrevería a decir que en general, en relación a las propuestas musicales masivas a las que accede nuestra infancia cotidianamente, justamente este **respeto** al que vengo aludiendo brilla por su ausencia en la estructura social contemporánea que propone el mundo adulto. Estas propuestas en realidad son concebidas desde la óptica de que la cultura es “entretenimiento” y que ésta debe ser regida por las leyes del mercado.

Esto lleva a que este tipo de relación con niños y niñas radica básicamente en estimularlos y habituarlos compulsivamente a través de burdas y vacías repeticiones a todo tipo de consumo (de objetos, de juegos, de imágenes, de sonidos) que buscan construir valores que muchas veces son verdaderamente alienantes respecto a los de su cultura, sus vivencias y su comunidad.

Aún así, se puede constatar mediante un rápida ojeada al recreo de cualquiera de nuestras escuelas, que niños y niñas en el momento de jugar y cantar conservan su propia identidad musical (en general subestimada por el adulto) y que es riquísima en calidades creativas, interpretativas, melódicas, rítmicas, tímbricas, etc; siendo esto un patrimonio exclusivo de ellos.

Es vital entonces “construirnos” como adultos una real actitud de escucha y respeto en el momento de conocer estos juegos y canciones que muchas veces no son reconocidas ni jerarquizadas lo suficiente por el sistema educativo formal; aún cuando a través de ellos se experimentan y generan valores que muchas veces marcan sus acciones por el resto de sus vidas.

Definir que tipo de relación nos vamos a plantear con esa “cultura infantil” es para mí uno de los principales factores para definir el perfil general de un espectáculo.

Contribuir responsablemente como artistas y personas a jerarquizar y enriquecer esos códigos propios de la infancia, ese espacio fermental de socialización y de preservación de rasgos culturales que niños y niñas mantienen a veces o “como último



refugio antes de su completa desaparición” (como señalaba el musicólogo uruguayo Lauro Ayestarán) o como presagio del cambio futuro del patrimonio vivo de una comunidad, es hoy para mí uno de los principales desafíos que siento que tenemos quienes aspiramos trabajar desde la calidad y el respeto por la infancia en nuestros países.

La otra palanca, a la que aludía es la de la **responsabilidad**.

Creo que quienes intentamos crear canciones y espectáculos estamos sustentados por un imaginario que explica y justifica consciente o inconscientemente nuestros trabajos.

Si analizamos el imaginario que proponen la mayoría de las carteleras de espectáculos infantiles, especialmente en las vacaciones de Julio (mes de la sagrada zafra comercial, donde muchos aparecen repentinamente interesados por el “mercado infantil”); en general la mayoría reafirman por un lado el imaginario clásico europeo o anglosajón que propone que nuestros niños y niñas latinoamericanos deben seguir construyendo hasta el infinito su fantasías con caperucitas, Peter panes ,castillos, hadas, princesas, dragones y “jalaguins”o por otro lado el super héroe o personaje globalizado de turno que sera industrializado y moldeado para que entre infelizmente en una cajita y sea olvidado a los cuarenta días para ser sustituido por otro que por supuesto habrá que comprar también.

Sumado a eso , esta el estándar “estético” de códigos de los medios masivos que moldean unidireccionalmente un concepto “correcto”de comunicación con la infancia y que ofrece un imaginario que presenta esos codigos (ritmo, sonidos, valores) como la opción mas “razonable”para llegar a los niños y niñas.Este imaginario impregna el paisaje de nuestros codigos musicales y de nuestros sonidos “posibles ” y la “valoración”de nuestras canciones incluso llegando a fijar hasta los criterios de ruido o de lo que es una correcta timbrica vocal o una instrumentacion adecuada.

Este no es un tema menor a la hora de definir el universo en que nos moveremos para comunicarnos estetica y conceptualmente.

Quienes nos proponemos el oficio de “artistas-músicos” dedicados a la infancia en la infinita y variada latinoamerica debemos enfrentar muchas contradicciones, circunstancias y problemáticas que son comunes y no por azar, a nuestros castigados pueblos. Sin embargo si buscamos y leemos contemporáneamente los elementos y valores esteticos de nuestras culturas populares encontraremos alli una fuente inagotable de recursos para interactuar a la hora de elaborar espectáculos y propuestas estéticas que aspiren contribuir a ampliar los horizontes, los valores, la sensibilidad y la fantasía de nuestra infancia.

En este mundo desigual e unidireccionalmente “globalizado”intentar proponer un espectaculo infantil es para mí enfrentar una **batalla por el imaginario**.

Somos entonces responsables de decisiones que implican tomar implicita o explicitamente partido hacia una actitud de valoración y promoción de un imaginario diferente.

Es nuestra **responsabilidad** tomar la opcion de realizar un trabajo acorde a los valores esteticos de nuestras culturas y promover un imaginario que brinde a nuestra infancia opciones diferentes para construir un espacio de libertad y crecimiento enraizado en su comunidad.

Uno de los pilares básicos a discutir en todo espectáculo debería si nos proponemos o no aportar a **la construcción de la identidad cultural**, entendida esta como una acción cotidiana y dinámica variable en el tiempo.Cada generación selecciona y se identifica a traves de los contenidos y vivencias a los que accede, la experiencia estética es un gran componenete de esa identidad.

Nuestras puestas en escena, nuestros espectáculos y nuestras canciones deberían ser concebidos como generadores lúdicos de vivencias e instancias estéticas de comunicación que rescaten y reelaboren ritmos, juegos y gestos melódicos tradicionales, a la vez de intentar crear nuevos iconos y elementos que aporten a la configuración de una permanente y renovada identidad cultural que este a la altura de lo que los pueblos latinoamericanos merecen.



Para terminar quiero contarles una historia plagada de símbolos que reconstruí arbitrariamente relacionando informaciones de libros y de charlas con antropólogos que en la actualidad trabajan con algunos integrantes del actual pueblo guaraní.

Probablemente mi versión sea tan fantásica como la que más, pero me estimula al respeto por la diversidad de interpretaciones del mundo que coexisten en nuestra América.

Para los guaraníes la cruz del sur no es una cruz, para ellos es una huella de ñandú guazú (araña grande). Esa huella quedó marcada en el cielo cuando Tupá bajó a la tierra guiando al pueblo guaraní montados en ñandúes siguiendo el camino de la vía láctea.

Para ellos la araña grande en la pradera y la araña pequeña en el monte, son animales sagrados porque son fuente y señal de vida.

Nándú, la araña pequeña, teje su tela en el monte y esa tela es el símbolo del entramado de la vida.

Lo que me fascina de esta historia es descubrir que aquello que nos es dado o enseñado como “incuestionable” (en el cielo hay una cruz) en la construcción de nuestra identidad y de nuestro imaginario, pueda ser tan bellamente cuestionado, hoy cuando miro al cielo en las noches claras tengo posibilidad de ver dos cosas donde antes había una. Puedo elegir. En realidad las dos versiones son igualmente delirantes, es una cuestión de fe y de valores.

Pienso que si logramos que nuestras canciones y espectáculos generen esa libertad para aprender, reinventar y redescubrir sentidos en el mundo, que disparen la imaginación como una nube que se mueve y va mutando y si aspiramos a que sean un pequeño y único hilo en la compleja y rica telaraña de la vida de nuestros pueblos, estaremos a la altura de las circunstancias que hoy nos toca vivir.

Apostemos pues a la diversidad, al mestizaje, a la calidad y a la inagotable riqueza cultural de nuestros pueblos a la hora de crear.